

195. Para la acertada elección hay una mina inagotable de pruebas en el orden *religioso; racional; sentimental, é histórico.*

196. Vamos á resumir en algunas Reglas todo lo necesario para una buena y sólida *confirmación.*

Regla 1.^a No deben presentarse pruebas que no sean sólidas y convincentes. Lo contrario es exponer el discurso; y la prueba débil es la que después los oyentes recuerdan.

2.^a No deben darse todas las pruebas que existen, sino aquellas que son más conformes á las condiciones de los oyentes.

3.^a Deben elegirse aquellas pruebas que mejor comprende el auditorio, que le pueden causar mayor impresión y que más le interesan. No siempre las más fuertes son las mejores. Por lo regular las comunes son las mejores; pues las comprende mejor el pueblo y las saborea.

4.^a El fondo principal de las pruebas son la Santa Escritura, Santos Padres y Concilios, y los ejemplos de los Santos. También las razones de conveniencia, pero sólo para quitar cualquier apariencia de imposibilidad. Los autores gentiles deben citarse con mucha parsimonia y necesidad.

5.^a Examinar si la prueba reducida á silogismo tiene consecuencia evidente que se deduce de sus premisas, y si puesto el predicador en el lugar del pecador le convencerían á sí mismo.

6.^a Luego se ordenan las pruebas: *fortia; fortiora; fortissima.* En cualquier método que se coloquen los argumentos, el último ha de ser *fortissimum.*

7.^a Al desarrollarlas debe ocultarse la argumentación; pero sin encubrir su fuerza y nervio; no apiñar argumentos, ni usar demasiada concisión. «Por esta razón, dice el Sr. Bravo Tudela, el orador debe diluir más sus ideas que el teólogo. No predicó San Agustín como escribió Santo Tomás, y San Crisóstomo hubiera interesado menos siendo más conciso.»

8.^a No mezclar pruebas de distinta naturaleza.

9.^a Cuando se trata de verdades claras, la demasiada insistencia en probarlas, y la demasiada curiosidad de escudriñarlas, puede hacerlas dudosas á los espíritus conten-

ciosos; es regla de San Atanasio: *Exagitare et curiosius indagare non expedit, ne à contentiosis hominibus ambigua existimentur.*

10.^a Y por último téngase presente esta excelente regla de un escritor moderno: «Las pruebas no se cuentan, sino que se pesan, y muchas razones débiles no equivalen á una concluyente.»

LECCIÓN XVI.

Refutación.

197. Observando cuidadosamente todas estas reglas obtendremos una fácil y vigorosa confirmación, en la cual entrarán toda clase de formas silogísticas desarrolladas, que nos conquistarán el imperio de la verdad y el sentimiento católico sobre las almas.

198. La *Refutación ó Confutación* se hace muchas veces necesaria por razón del asunto del cual se trata, sobre todo en estos tiempos en que la libertad del mal está tan extendida para poder pensar, hablar y obrar lo que se quiere; y se hace más necesaria la *Refutación*, sobre todo si el orador sabe que hay prevenciones en su auditorio. Mas para que pueda hacerla con provecho de las almas, hay que atender á las reglas siguientes; en cuanto: 1.^o Al lugar de la refutación; 2.^o A las cualidades del predicador en la refutación; 3.^o A la naturaleza de la refutación.

I. LUGAR DE LA REFUTACIÓN.

199. 1.^a Puede hacerse la Refutación en cualquier lugar que se presente.

2.^a Las objeciones nacen naturalmente en el mismo desarrollo de las pruebas, y allí mismo se van refutando.

3.^a **Regla general:** Cuando se ha demostrado la verdad, y se conoce perfectamente el estado de la cuestión, entonces vienen á esclarecerla las objeciones y refutaciones, más y más robusteciéndola y dándole energía, manifestando la verdad en todo su esplendor.

II. CUALIDADES EN EL PREDICADOR.

200. 1.^a **Verdad.** Profanaría la cátedra sagrada aquel que se valiera de la mentira. Es arma usada de la impiedad. Válgame de la verdad, que ella ha de salir victoriosa, como el sol que, removiendo los obstáculos de las nubes, brilla espléndido después con más fuerza.

201. 2.^a **Destreza.** No es arte capcioso y rastrero, sino considerada como un don natural, «que exige una grande penetración de espíritu, vivacidad y gracia, dice el doctor Sánchez Arce, para hacerse cargo de las mañosas arterias de los enemigos; caer sobre ellos con copia de razones que les impongan y los dejen vencidos, ganándolos al mismo tiempo para el cielo.»

202. 3.^a **Urbanidad.** No olvidemos que el fin de la predicación es la salvación de las almas, y que nuestro santo ministerio es de caridad y amor. Puede malograrlo una manera acre é inconveniente. San Francisco de Sales decía, que más moscas se cogen con una cucharada de miel que con un barril de vinagre. Y si bien es cierto que la verdad nunca debe transigir con el error, no lo es menos que el sagrado ministerio en nada excluye las formas corteses y urbanas que lo hacen amable, aún á la gente *non sancta*, pues es de la caridad que San Pablo ha predicado aquellas maravillas, y sobre todo que es *benigna*. Un predicador, guiado quizá de las mejores intenciones, declamará contra el libertinaje y los incrédulos, y por la manera descompuesta con que lo hace, lejos de atraerlos, los aparta y los endurece en su mala vida.

203. «Si con arreglo á las circunstancias se juzga oportuno que se debe hablar en el púlpito acerca de los que no

participan de las sagradas creencias del orador, es indispensable en estos casos, dice el Sr. Bravo, usar de expresiones caritativas, dulces y tolerantes. Los apóstrofes, las invectivas y las reconvenciones, las palabras picantes, los retos y amenazas dirigidas á los adversarios del Catolicismo, no pueden obtener las bendiciones de Dios, porque revelan siempre más orgullo que caridad; á lo cual debe añadirse que los adversarios no pueden defenderse en el momento.»

204. «Jamás, decía San Vicente de Paul, he visto ni oído decir, que ningún hereje se haya convertido de otro modo que con dulzura y suavidad.» Y San Francisco de Sales, en vez de atacar directamente el error, procuraba disimuladamente demostrar la verdad contraria; con esto el error caía por sí mismo; los herejes no se ofendían, y con este método convirtió muchos millares de ellos.

205. Los incrédulos y pecadores necesitan mucha caridad y conmiseración para ganarlos y no confundirlos. Educados muchos de ellos en preocupaciones sistemáticas contra la Religión, otros acostumbrados á vivir en sentina de vicios y pecados, y es posible que algunos de ellos pocas veces hayan oído palabras de verdadera caridad, sino continuas invectivas contra el error y el vicio, es necesario presentárseles con toda paciencia y humildad, con toda caridad, para que formen buen concepto de nuestra santa Religión, y vean en nosotros no tanto un adversario que pretende la victoria, cuanto un padre amoroso que les ama, y que sólo este amor le obliga á reprenderles y enseñarles el camino de la vida. Este proceder conquista los corazones más endurecidos. «Existe, ha dicho el mismo escritor, en el fondo de todas las almas un secreto orgullo que previene contra la verdad que los demás nos descubren, y este orgullo exige por parte del orador sagrado algunos miramientos.»

III. NATURALEZA DE LA REFUTACIÓN.

206. **Regla 1.^a** Dos cosas se consideran en la naturaleza de la Refutación: *Objeción* y *Respuesta*.

2.^a Debe procurarse, en cuanto sea posible, poner la *Objeción* en boca del auditorio; haciendo las salvedades correspondientes; pues no todos serán impíos.

3.^a Mostrar la falsedad del principio en que el error se apoya.

4.^a Hacer distinción en un principio de doble sentido, hacerles ver que se apoyan en el sentido falso.

5.^a Negar en todo ó en parte, siendo imparciales. Esto gana sus voluntades, viendo que nada se les esconde de cuanto les favorece, y les quita sus pretensiones y apoyos.

6.^a Hacer ver la inexactitud de la consecuencia.

207. 7.^a Conceder toda la objeción y aún hacerla resaltarla más si es posible, para imprimirla más profundamente, y luego, haciendo brillar la verdad que ella confirma, pareciendo que la ataca.

208. 8.^a Conceder el principio y negar la consecuencia. El vulgo, de una proposición verdadera saca una consecuencia falsa, porque no ve la relación de las premisas con las consecuencias.

209. 9.^a Herir al adversario con sus propias armas; valerse de sus mismas razones.

210. 10.^a Es de un resultado brillante: se reúnen en una sola todas las objeciones, respondiéndolas victoriosamente, sin hacerse cargo de ninguna de ellas detenidamente, sino que se refuta con viveza, con rasgos brillantes y concluyentes cuanto se ha opuesto: este modo vivo é incisivo sobre diversos puntos á la vez, desconcierta al adversario, no le deja modo de evadirse; pues entonces, reunidas como una haz estas respuestas incisivas y lacónicas, son como dardos lanzados simultáneamente al corazón del enemigo, que fácilmente lo abruma, destrozan y rinden.

211. 11.^a Toda objeción que hemos puesto en boca del contrario, debemos contestarla; nuestro silencio les daría á sospechar falta de razones de nuestra parte.

212. 12.^a Jamás debe provocar el predicador la refutación, haciéndose cargo de argumentos, si no tiene toda aquella ciencia necesaria para llevar bien su cometido; pues esta deficiencia en momentos tan críticos prestaría más bríos á su contrario, y lo podría volver más orgulloso y endurecido.

213. 13.^a Es del P. Gaychiez: «Ninguna cosa interesa tanto, dice este autor, como la refutación de los *pretextos*. El pecador se agita interiormente para hacer valer su defensa y para mantenerse en su situación. Es peligroso combatir contra él débilmente. Se afianza y se arraiga en el desorden, si no se hace más que eludir sus razones. Es necesario estrecharle, empujarle, abatirle, y después levantarle y animarle. Lo patético sostenido del interrogante, y de las demás figuras vehementes, hallan aquí su lugar. Se añaden motivos sobre motivos por una gradación que estreche. No excedamos ni en las razones ni en las figuras. En vano se vuelve atrás después de haberse adelantado. Los correctivos que llegan tarde, ya no hallan quien les dé crédito. Los mejores oradores refutaron los pretextos.»

LECCIÓN XVII.

Peroración.

214. Convencido ya el entendimiento por las pruebas desarrolladas y que han producido la convicción, debe procurarse la moción de afectos para inclinar y mover la voluntad, cuyo lugar más á propósito es la *Peroración*; en la cual deben emplearse todos los recursos del arte, porque salvadas ya todas las dificultades de la oración, corresponde desplegar todas las galas y todas las fuerzas de la elocuencia, para poner en movimiento todas las pasiones y sentimientos del alma que se juzguen necesarios para alcanzar una completa victoria: *Hic, si usquam, totas eloquentie fontes aperire licet*, dice Quintiniano. Aquí se trata, no ya de probar, sino de conmover, de interesar, de sentir, de apoderarse de la voluntad, del deseo, del corazón del hombre. Aquí «el orador, ha dicho un escritor, debe alzarse gigante y llenar con su palabra todos los ámbitos del tem-

plo.» «Aquí, según Cicerón, han de manifestarse aquellos magníficos movimientos oratorios, aquellos impulsos rápidos, impetuosos y ardientes, aquellas grandiosas imágenes, aquella palabra de fuego, aquella pasión inflamada que da vida, calor y energía al discurso: *Quæ excellunt serventur ad perorandum.*»

215. La *Peroración* tiene cuatro partes: 1.^a Recapitulación; 2.^a Fruto ó consecuencias prácticas; 3.^a Exhortación patética ó vehemente; 4.^a Súplica á Dios. Para cada parte daremos algunas Reglas.

I. RECAPITULACIÓN.

216. **Regla 1.^a** La Recapitulación de las principales pruebas expuestas debe ser breve, rápida, evitando largas explicaciones para no fastidiar. Evitar esta palabra: «he concluído,» ú otras semejantes, pues se paraliza la atención, y es necesario otra vez poner en acción lo que cuesta mucho. Teniendo presente aquello de Cicerón, que la Recapitulación es sólo para refrescar la memoria: *Ut memoria, non oratio, renovata videatur.*

217. 2.^a No querer meter en ella con violencia aquello que en el discurso se nos ha olvidado. Sucede con frecuencia, por desgracia, diremos con el abate Bautain, hallarse el orador fuera del asunto al finalizar, en cuyo caso sintiendo confusamente lo omitido, y trasluciendo lo que aún se podría añadir, queriendo compensar, se vuelve de nuevo á desarrollar en vez de concluir, lo que es de malísimo efecto. Son en vano los afanes, se destruye la impresión producida, y el auditorio inquieto le mira como á una nave que pretende entrar en el puerto y no puede abordar á él. «Y es que no hay desgracia más grande para un orador como la de ser enojoso,» dice el autor citado.

218. 3.^a Que sea enérgica, vehemente, patética y variada en sus giros: aquí puede invocarse á Jesucristo, á la Santísima Virgen y los Santos: «Si en este momento murierais, ¿cómo os presentaríais delante del Divino Juez?» Unas

veces convendrá trasladar al oyente á la eternidad... Otras que Dios está hablando: «Hijos ingratos: rebeldes á mi santa Ley; vendrá día...» Otras incitarles á arrojarse á los piés del Crucifijo, estableciendo un tiernísimo y patético diálogo con el Salvador de los hombres, en que se tocan todas las cuerdas sensibles del alma, y queda herido el corazón, tras-pasado de dolor. En una palabra, aquí entra lo más patético del discurso. Aquí, lo repetimos, ya no se trata de probar, sino de rendir el corazón á la práctica de la verdad probada.

II. FRUTO, Ó CONSECUENCIAS PRÁCTICAS.

219. Como el fin que se propone el orador sagrado es hacer practicar el bien y reformar las costumbres de los pueblos, muy ajeno se mostraría de su santo ministerio si no aprovechase estos solemnes momentos para triunfar de las pasiones, obligar á los pecadores á mudar de vida, y proponerles medios oportunos para ello, aquel predicador que sólo se contentase con simples consecuencias especulativas. En esta parte debe contener el discurso las *consecuencias prácticas* relativas á las costumbres que de él se desprenden. «Nada habeis hecho todavía, dice Maury, ó mejor dicho, nada habeis ganado estableciendo vuestras pruebas.» Hay que ir adelante; las resoluciones prácticas han de coronar la obra con éxito brillante y feliz.

220. Así lo practicaron los santos predicadores de todos los tiempos, aquellos grandes operarios en la salvación de las almas. Y de los modernos su memoria llena estos últimos siglos. Los Franciscos de Borja, de Regis y de Sales; los Lorenzos de Brindis, Fideles de Sigmaringa, y Ligorios y tantísimos otros. Todos fueron santos predicadores. Así lo practicaron. Y el último encargaba á sus sacerdotes estas resoluciones, y que las enseñaran con un acto de contrición vivo y patético, con todo el fuego de su alma. Este es el momento, decía el Santo, el instante crítico en que han de correr las lágrimas, ó prorrumpir en sollozos los asistentes conmovidos.

III. EXHORTACIÓN PATÉTICA Ó VEHEMENTE.

221. Regla 1.^a Aquí el predicador hace su último esfuerzo para conmover, poniendo en juego todos los resortes de la sensibilidad con todo el poder de la elocuencia, dirigiendo al auditorio una exhortación patética y vehemente: misericordia para el desgraciado; perdón para el criminal; odio eterno al pecado; amor á Dios; confianza para todos; tocar todos los afectos que hacen vibrar las cuerdas del corazón; y excitar todos aquellos sentimientos más relacionados con nuestros propios intereses, sobre todo eternos.

222. 2.^a Mas para ello uno mismo debe estar conmovido. Es doctrina de los Santos Padres. San Agustín ha dicho: *Nisi enim ardeat minister prædicans, non accendit eum cui prædicat.* «¿Queréis, jóvenes, exclama aquí un escritor, inflamar á vuestros oyentes en el amor de Dios y del prójimo? Excitad estos sentimientos en vuestro corazón.» Cicerón decía: «Jamás he aspirado á mover los jueces, sin que yo mismo me haya sentido conmovido: *Quin ipse... permoverer.*»

223. 3.^a No hay que insistir en mantener la agitación de vivos afectos por mucho tiempo, porque se cae en frialdad. *Commiserationem brevem esse oportet, nihil enim lacryma citius arescit,* decía el mismo orador romano.

224. 4.^a Cuando no puede moverse al auditorio con lo dicho, no debe pretenderse en esforzar más y más, porque podría llegarse á lo ridículo; y el auditorio está con pena y sufre.

225. 5.^a La unción persuasiva del orador sagrado que se insinúa suavemente en el corazón de los oyentes manifestando sensiblemente su acción, es un dón de Dios, que el predicador debe pedirle continuamente para que sea eficaz su palabra. Maury ha dicho: «Este don dichoso de tocar y conmover es sin duda el más hermoso triunfo de la elocuencia cristiana... Jamás los oyentes están más universalmente atentos, que en estos intervalos de emoción en que un predicador se abre así todos los corazones, llegando á ser patético.»

IV. SÚPLICA.

226. Regla 1.^a Al final es costumbre dirigir preces al Altísimo, ya con deprecaciones piadosas, ya pidiendo misericordia; porque habiendo visto el auditorio su estado, y considerado sus delitos, se mueve á pedir perdón á Dios.

227. 2.^a La paráfrasis de algún texto de los Libros Santos, singularmente de los Salmos, es muy á propósito para formar oraciones y súplicas muy adecuadas al intento, llenas de los más bellos y vivos sentimientos; pero para ello es necesario que haya pocos textos, que gradualmente vayan creciendo en interes, y que el predicador, convirtiéndose en intérprete de todos los corazones, encuentren todos en su lenguaje la viva expresión de aquellos sentimientos y emociones de que se encuentran embargados.

228. 3.^a Debe evitarse el concluir el discurso de un modo brusco é inesperado, como quien da un corte y... *he dicho:* la *Conclusión* debe preverse por el auditorio, de manera que al llegar no le sorprenda, siendo digno remate de todo el *discurso oratorio.*

LECCIÓN XVIII.

GÉNERO DELIBERATIVO.

Homilía.

229. Hay tres géneros de oratoria sagrada, á los cuales se reducen todos los discursos que el predicador ha de pronunciar, á saber: 1.^o *Deliberativo*, ó persuasivo, que es cuando trata de *persuadir* ó *disuadir*; y á este género pertenecen la *homilía*; *sermón moral*, y *misterios*. 2.^o *De-*

mostrativo, que trata de *alabar*, ó *vituperar*; y á éste pertenecen el *panegírico*; *oración fúnebre*; *Misa nueva*, y *profesión*. 3.º **Didascálico**, que trata de *instruir*; y á éste pertenecen la *plática doctrinal*, y la *conferencia*. De todos estos géneros vamos á tratar.

230. Homilía, dicen los autores, «es una explicación sencilla y piadosa; una especie de paráfrasis del Evangelio ó de la Epístola, de donde se sacan reflexiones morales para la edificación de los oyentes.» Este sencillo método se ha usado desde los primitivos tiempos de la Iglesia. Tenemos las homilias de San Ambrosio, San Agustín, San Crisóstomo, San Gregorio y tantos otros Padres de la Iglesia. Este método les era muy familiar, porque atendido su laborioso ministerio, y que á los simples sacerdotes no se acostumbraba hacerles predicar en aquel tiempo, no hubiera sido compatible la forma de sermón hoy acostumbrada, y así después de la lectura de las Sagradas Escrituras, las comentaba el obispo y hacía algunas reflexiones prácticas contra los vicios de su tiempo. Como el padre que instruye y reprende familiarmente á sus hijos. Y éste, recordémoslo bien, es el propio carácter de la homilía.

231. La homilía ofrece *grandes ventajas*, pues mientras que el sermón se concreta á uno ó dos puntos, ella fácilmente se presta á variedad de reflexiones que abrazan las diferentes necesidades del auditorio en una sola instrucción. «Por otra parte estas lecciones sagradas, dice el Sr. Sánchez Arce, apoyadas inmediatamente en la palabra de Dios escrita que se sigue paso á paso, tienen otra fuerza que los razonamientos del predicador, que predominan en los demás géneros de sermones. Por esto vemos que los fieles gustan más de una buena homilía que de un sermón, pues siguen con interés la explicación que se les hace del Texto Sagrado.»

232. Para esto hay necesidad de estudiar bien el Texto Sagrado, y los extensos conocimientos de exegética sirven admirablemente para formar buenas homilias. En este estudio hay que atender á cuatro cosas: 1.ª El sentido *literal*; 2.ª el sentido *moral y espiritual*; 3.ª las *aplicaciones prácticas*; y 4.ª las *correspondientes exhortaciones*.

233. Cuatro son las formas que pueden darse á las homilias:

Forma 1.ª Se puede reducir todo el Evangelio ó Epístola á un solo asunto, y á una división regular, por ejemplo, sobre la idea más predominante del Evangelio del día, ó la que á uno le convenga, con tal que se haga sin forzar el sentido, ó interpretando según la doctrina de los Santos Padres.

234. Forma 2.ª Tomar dos ó tres pasajes relativos á una virtud ó vicio. Se van exponiendo uno después de otro, aunque entre sí no puedan formar una división exacta, dándoles el desarrollo conveniente. No hay necesidad de explicar todas las circunstancias, sino las que vienen al caso, y que se juzgan necesarias para la perfecta exposición de lo que se intenta.

235. Forma 3.ª Es el método de San Crisóstomo. Puede la homilía dividirse en dos partes: en la 1.ª parte se explica el Evangelio todo entero; y en la 2.ª parte se deducen las consecuencias morales y prácticas.

236. Forma 4.ª Se van explicando por orden todos los versos del Evangelio; y de cada uno de ellos á medida que se explican se sacan los afectos y moralidad que tengan, haciendo oportunas aplicaciones. Y si bien en este método no hay siempre la unidad apetecida, ofrece por otro lado la ventaja, que cambiando de materia casi cada versículo, fácilmente en un mismo discurso se pueden atacar muchos vicios y enseñar muchas virtudes, y en esta variedad encuentra cada uno el remedio de sus males, y lo que necesita para su provecho espiritual; aunque entonces no deben profundizarse los pensamientos, porque sería cosa interminable. En el exordio, si el Evangelio es largo como el de Lázaro, puede extractarse, mas con delicadeza. El predicador adopte de estas cuatro formas la que le parezca más conveniente atendidas las circunstancias.

LECCIÓN XIX.

Sermón moral.

237. El *sermón* es un discurso sagrado, es una exposición solemne de las verdades de nuestra Santa Religión, y que es imprescindible en las grandes solemnidades de la Iglesia. En los tiempos de Adviento, Cuaresma, Misiones y Ejercicios, la palabra de Dios anunciada con toda majestad y grandeza llena todos los ámbitos del templo, como los anchurosos senos del corazón del hombre. Cuando para la santificación de los fieles expone alguna verdad moral en que trata de reformar las costumbres, el *sermón es moral*, y de éste vamos á tratar; en cuya composición se ha de atender á tres cosas: 1.º *Objeto*; 2.º *Materia*; 3.º *Forma*.

238. I. *Objeto*. Considerando que el sermón moral es para reformar las costumbres, fácilmente se comprende que el predicador ha de determinar qué fruto pretende sacar, y á qué determinaciones prácticas ha de resolver á sus oyentes; de qué argumentos más á propósito podrá valerse para el caso, y qué clase de curación y remedios necesitan las enfermedades morales que aquejan al místico rebaño de Jesucristo, pues á sus ministros les ha dicho: *Vos estis sal terre*; y ya se sabe que la sal tiene muchas propiedades para las ovejas: y mil circunstancias se ofrecen que determinan sin dificultad el fruto que debe sacarse; ocasiones que el que desea la salvación de las almas debe aprovechar con alegría, como lo hacía San Cipriano, y lo manifestó en esta delicada precaución oratoria, cuando tuvo que reprender á los cristianos que iban á los públicos espectáculos: *Detrimētum est meum vobiscum non colloqui, ita nihil mihi tantum letitiam hilaritatemque restituit quam cum adest rursus occasio*. (Lib. de Spectac.).

239. II. *Materia*. Con lo dicho sobre el objeto que se ha de proponer el predicador, se comprende que el fondo del sermón moral es la aplicación de los deberes, obligaciones y santas costumbres, reprender y corregir cuanto á esto se oponga, y establecer en el corazón la sana regla moral que dirige todos nuestros actos á Dios. Se requiere en el predicador mucha ciencia y prudencia, que, sin caer en los excesos de extremos opuestos, sepa eliminar las falsas doctrinas que tanto perjuicio pueden causar á las almas. Nada que no sea verdadero y exacto debe admitirse, y la aplicación de principios generales á casos particulares, no es lo menos espinoso en esta clase de sermones, en donde la *demasiada laxitud*, ó por el contrario una gran *severidad*, ó *demasiada rigidez*, harán cometer mil imprudencias al predicador propenso á los extremos.

240. «Los predicadores jóvenes, dice el Sr. Sánchez Arce, suelen ser más inclinados á este segundo extremo, á la severidad, pues entonces no saben sino lo que acaban de estudiar en los libros, y no lo que enseña la experiencia en el ministerio sacerdotal. Para no incurrir en uno ú otro extremo, predicando una moral viciada, fijen bien los principios de ésta, hagan de ellos una justa aplicación, y tengan la prudencia de consultar sus sermones, al menos en los años primeros de su ministerio, con aquellos hombres que tengan la debida experiencia.»

241. III. *Forma*. Acerca el orden y disposición del sermón, aquí hay que recordar las reglas de composición. Muchas veces la exposición del mismo texto sirve de exordio. O bien en el exordio podemos hablar de la grandeza y dignidad de la virtud de que vamos á ocuparnos, ó ya de su necesidad y utilidad, con lo que podemos conciliarnos la atención y captarnos la benevolencia. Para que un asunto tenga aplicación práctica, y pueda sacarse el debido fruto, suponiendo que debe demostrarse la necesidad de ser católico práctico, lo reduciremos á esta proposición: «Los católicos deben practicar la Religión;» y la dividiremos en dos partes: 1.ª Es necesario que practiqueis la Religión; 2.ª «Cómo debeis practicarla.»

242. Ningún género como el deliberativo se presta tanto

para la moción de afectos; y por esto las santas Misiones y Ejercicios espirituales son de tanta eficacia, porque con este género de sermón brilla todo el fuego de la sagrada elocuencia, animado y vivificado por el espíritu de Dios.

LECCIÓN XX.

Sermón de Misterios.

243. Por misterios se comprenden aquí no solamente los dogmas relativos á las perfecciones infinitas de Dios, sino también los que se refieren á las acciones de Nuestro Señor Jesucristo, que se relacionan con nuestra salud eterna, como su Natividad, Circuncisión, Pasión, Resurrección y su Ascensión; así como los prodigios que Dios ha obrado en su Santísima Madre, las excelencias con que la ha adornado, y aquel cúmulo de virtudes y acciones buenas que ejecutó la Virgen María para cumplir la voluntad del Altísimo, y complacerle en un todo.

244. ¡Cantar las grandezas de Dios!... Esto es magnífico: Moisés, el caudillo de un gran pueblo, canta el gran poder de Dios, extasiado en las arenas del Mar Rojo; María, su hermana, lo repite enajenada de gozo, con las hijas de Israel: *Cantemus...* Los héroes de Israel muchas veces han celebrado su magnífico *Nombre*, y sus heroínas otras tantas cantaron sus glorias. Todo el Salterio de David es un canto continuado del gran Rey Profeta sobre el poder, la majestad, la justicia, el amor, la bondad y misericordia de nuestro Dios. Los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia, ¡cómo brillan espléndidamente en este género de predicación! ¡Cómo arrebatan con su melodía los Naciancenos, Basilio, Agustines y Anselmos, el meliflúo Bernardo y los devotos doctores Ildelfonso y Buenaventura! ¡Qué asunto éste tan grandioso! Los grandes oradores modernos se han elevado

también á contemplar las grandezas de Dios, las glorias de su Santísima Madre en profundas ideas, en magníficos conceptos, en lenguaje sublime; han hecho resonar majestuosamente las bóvedas sagradas del templo, han cautivado, han arrebatado, han elevado hasta hacer percibir las armonías del cielo á sus inmensos auditorios; pero ni toda la inteligencia ni gran corazón de estos grandes oradores con Bossuet, Bourdaloue y Massillon á la cabeza, no han podido jamás agotar mina tan riquísima y fecunda. Después de esto es inútil decir qué ancho campo se le presenta aquí al sacerdote para hacer conocer y amar los misterios, y ejercitar provechosamente su talento.

245. Y además de esto, los grandes bienes que resultan al pueblo de la exposición de los misterios. «Los misterios, en efecto, dice Pratomans, son el alimento más sólido y más útil de la piedad cristiana: forman el fondo y como la substancia de toda la Religión, y no se conoce bien ésta, sino en cuanto se conocen bien aquéllos. Hablan al corazón, lo calientan y abrasan, le piden sacrificios, le enseñan todas las virtudes, le dicen todos sus deberes, y el corazón no les puede negar nada. La moral que el predicador deduce de ellos es siempre natural, porque cada uno siente que las costumbres deben ser conformes á la creencia; y es siempre urgente, porque el misterio le sirve de prueba.» El orador, pues, debe considerar el fin que tuvo la Iglesia al establecer sus más grandes solemnidades, y que no le es lícito olvidarlo.

246. Para tratar dignamente y con fruto los misterios de nuestra Santa Religión el predicador deberá tener presente en los sermones de este género cuatro cosas: 1.º *Hacer conocer* los misterios; 2.º *Hacerlos honrar*; 3.º *Hacer participantes á los fieles* de las gracias que ellos encierran; 4.º *Dividir la instrucción* de manera que estos tres objetos se llenen con orden y claridad.

247. I. **Hacer conocer los misterios.** «Esta es la vida eterna, que te conozcan á Tí, solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien enviaste. (*Joan. xvii.*)» Estas solas palabras deben bastar para hacernos comprender la necesidad de instruir á los fieles en los augustos misterios de nuestra Santa